

Un fuerte aguacero tropical que cayó en aquellos momentos, detuvo la marcha de los mexicanos que se disponían a atacar la última posición. Los norte-americanos se habían preparado para disputarla; pero el combate no se renovó; la batalla había cesado: el general Santa-Anna mandó hacer alto a los soldados.

El enemigo, al ver que no le atacan, se cree vencedor, porque si bien es cierto que ha ido perdiendo de una en una todas sus posiciones, también lo es que se conserva en actitud hostil, pretendiendo con esto, el laurel de la victoria.

El ejército mexicano, por su parte, se cree con derecho también a proclamarse vencedor. Para ello alega los cañones que ostenta quitados al enemigo; las posiciones tomadas después de una tenaz resistencia, y las banderas cogidas.

Lo que hay cierto es, que las tropas mexicanas se batieron a pecho descubierto con las mejores de Norte-América, colocadas en puntos ventajosos; que lidiaron con un arrojo y heroísmo que asombró a sus mismos enemigos; que desalojaron a éstos de todas sus posiciones atacadas; que manifestaron al mundo con hechos remarcables, que son dignas de colocarse al lado de las de cualquiera nación guerrera; que hubieran arrojado de su última loma a los contrarios si se les hubiera ordenado seguir el combate; pero que habiendo cesado éste, por disposición del general en jefe, alcanzaron tres triunfos parciales, pero no una victoria completa.

Muchos han culpado al general Santa-Anna de haber dejado sin terminar una acción en que todas las probabilidades de un seguro triunfo, estaban de su parte. Pero, ¿no tiene defensa esta acusación? El ejército mexicano, cuyo nombre había quedado muy bien puesto, había tenido de pérdida como cuatrocientos muertos y ochocientos heridos que, faltos éstos últimos de carros donde ser conducidos, de medicinas, de tiendas de campaña y de hospitales, se encontraban tendidos por todo el campo, presentando el aspecto más desgarrador.

El general en jefe no dudaba ni un sólo instante de que el enemigo sería desalojado de su último atrincheramiento, si daba la orden de asalto, pero, ¿cuánta gente tenía que sacrificar aún para conseguirlo?

El campo, como hemos dicho, estaba cubierto de desgraciados heridos que, tirados en el mojado suelo, pedían a gritos que los socorriesen o los matasen por caridad.

¿Era justo aumentar el número de víctimas, cuando no había medios para conducir a las que reclamaban piedad y consuelo? Nadie se había imaginado que el combate sería tan sangriento y tenaz, y por lo mismo, no se había llevado el número suficiente de carros y de camillas para conducir a los heridos.

Se le acusará de imprevisión; pero este es un cargo que le toca al gobierno de aquella época que, como la mayor parte de los que han regido los destinos de México, muy poco se han ocupado de la buena administración del ejército. A tanto repetir que el soldado mexicano no necesita ni vestirse, ni calzarse, que con una tortilla y un pedazo de tasajo, anda centenares de leguas y combate con serenidad, que no necesita de tiendas de campaña, ni nada, en fin, de lo que es preciso a los demás ejércitos, se ha dado en tenerle desprovisto de muchas cosas indispensables, resultando de aquí lo que sucedió en Angostura; esto es, que, no teniendo las suficientes tiendas de campaña para formar hospitales, ni medios en abundancia para conducir a los enfermos y los heridos, se hacía imposible prolongar por más tiempo el combate.

Los mexicanos habían desplegado, lo mismo que su general en jefe, a quien se vió en los puntos más sangrientos de la lucha, un valor que rayaba en temeridad.

Dueños de los puntos que tan sangrientamente se habían disputado, se manifestaban triunfantes enfrente del enemigo, que no se atrevía a salir de su última posición, cuando recibieron la orden de que a la oración se emprendiese la retirada para Agua-Nueva.

Aquél fué un golpe mortal para los que, entusiasmados con los recientes triunfos, habían esperado con ansia dar el golpe de gracia a la expedición norte-americana.

Don Juan, lleno de pesar y de indignación, rompió su espada y se reunió con otros oficiales a murmurar aquella providencia.

Los soldados, viendo que habían sido estériles sus sacrificios, se entregaron al desaliento más profundo.

Pero aquellas murmuraciones no las merecía el general que ordenaba la retirada.

Siempre se ha querido que el soldado mexicano haga milagros, que desnudo, descalzo, sin comer, sin paga, sin tiendas de campaña, y sin premio a sus servicios, haga lo que no puede hacer ningún ejército del mundo teniendo de sobra todo lo que al mexicano le falta. Y ciertamente que es un milagro lo que se ve hacer al soldado mexicano.

Falto de cuanto es indispensable, él hace largas y penosas marchas, duerme a la intemperie, vive casi sin comer, y combate con una constancia y un valor heroico. ¿Y hará esto algún otro soldado del mundo? No; porque otro soldado, al cumplir con sus deberes, como cumple el mexicano, reclamaría los derechos que tiene, y no saldría de un punto hasta no verse atendido con lo que de justicia le corresponde.

He aquí, pues, por qué el general Santa-Anna, viendo padecer a su gente, sin camillas a los heridos, y sin los recursos indispensables, se vió precisado a suspender el combate cuando el triunfo era casi seguro, pero larga y aun sangrienta la lucha.

Las murmuraciones, por lo mismo, no debían ir dirigidas a él, que no pudo improvisar todo lo necesario, sino al gobierno que había descuidado lo que era de la más alta importancia.

—Vean ustedes aquí un triunfo que se convierte en derrota —decía indignado don Juan, viendo tremolar frente a ellos el pabellón de las estrellas, que él se había propuesto arrancar del sitio en que flotaba—. ¡Oh! ¡La fatalidad persigue a nuestras armas desde el principio de esta injusta guerra!

—Es verdad —contestó uno de los oficiales que con él hablaban—. Las sombras de la noche podrán proteger nuestra retirada, pero a la vez aumentará la profusión y el desaliento de nuestros soldados, y la desesperación de los heridos que quedarán abandonados en medio del desierto.

—¡Agua, agua! —gritaban varios que, cubiertos de heridas se arrastraban por el suelo con las agonías de la muerte.

—Ni aun la cantinera está —exclamó don Juan oyendo los clamores de aquellos desgraciados—. Ella, que con tanto afán, arrojando el peligro, había atendido a las necesidades de nuestros valientes, los abandona en este instante crítico.

—Tal vez haya perecido. Al menos yo he visto en el campo los cadáveres de tres mujeres de las que acompañaban al ejército.

—Sentiría mucho que la hubiesen matado —añadió—; porque, en mi concepto, era una persona no vulgar, que seguía disfrazada a nuestro médico y amigo Rafael.

—¡Qué disparate! —dijo don Juan.

—Pues entonces seguiría los pasos de usted, porque siempre colocaba su cantina junto a la tienda de ambos,

—¡Es verdad! —exclamó uno.

—Efectivamente —añadieron todos los demás trayendo a la memoria aquella circunstancia, que hasta entonces no había llamado su atención.

El mismo don Juan llamó aquella idea, y exclamó con asombro:

—No había puesto cuidado en ello; pero ahora que ustedes han hecho mención de ese hecho, recuerdo que, en efecto, colocaba su tienda al lado de la nuestra.

—¿Está usted convencido?

—Sí; pero me inclino a creer que sería obra de la casualidad.

—Las casualidades no se repiten ni con esa uniformidad, ni con esa frecuencia.

—Será así; pero lo que les puedo asegurar a ustedes es, que él, lo mismo que yo, no había fijado su atención en semejante cosa.

Entre tanto, Rafael y otros pocos facultativos se ocupaban en hacer la curación a los desgraciados que habían regado con su sangre el campo de batalla.

El llamado hospital se hallaba a media legua del sitio de la acción; y allí, al aire libre, escasos de vendas y de hilas, con escasos remedios, los pocos médicos, acongojados por los ayes de los pacientes, hacían la primera curación a los soldados y oficiales heridos, que tenían la dicha de ser llevados a aquel sitio.

El ejército emprendió su retirada al oscurecer, dejando encendidas lumbradas para hacer creer al enemigo que se trataba de dar al siguiente día una nueva acción.

«Al tomar el ejército el camino para Agua-Nueva —dice un escritor—, una escena de horror vino a conmover el corazón de los que habían visto con serenidad el peligro en los momentos más críticos del combate. Los heridos ascendían a ochocientos; y el corto número de medios de transporte de que se podía disponer, no permitía que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso, entregar a una gran parte a su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frío, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veían desaparecer a sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza, y manifestaban en su rostro lívido la horrible calma de la desesperación. Por su parte, los que se retiraban, no podían ver sin un vivo dolor a aquellos heridos que tenían que abandonar. Mu-

chos dejaban entre ellos, parientes, amigos, de quienes iban a separarse para siempre.

»El ejército, que no formaba ya más que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose unas brigadas a otras y avanzando con dificultad. Así fué que, aunque el campo de batalla no distaba más que cuatro leguas de Agua-Nueva, no se comenzó a llegar a este punto sino de las diez de la noche en adelante. A un lado del camino había un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua, en vez de procurarles alivio, sólo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habían tomado, cuando expiraban en medio de las más terribles convulsiones. Los pocos heridos que habían logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados aunque sin lesión, fallecieron de esa manera; y su sangre, mezclada con el fango del estanque, hacía más insoportable aquella bebida. Y sin embargo, no había otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios a aquel brebaje inmundo, asqueroso y mortífero.»

Por dondequiera que se caminaba se tropezaba con moribundos y cadáveres.

No bien entró Rafael en Agua-Nueva, fatigado del trabajo de aquel día y desgarrado el corazón con la memoria de tantos desgraciados a quienes había hecho operaciones dolorosas, cuando se vió detenido por un soldado.

—Señor —le dijo—; hace rato que ando buscando a usted.

—¿Está usted herido?

—No, señor; pero lo está una pobre mujer que desea hablar con usted antes de expirar.

—¡Una mujer que quiere hablar conmigo!—exclamó Rafael admirado.

—Sí, señor; una mujer a quien todo mi batallón debe grandes favores, porque nos proporcionaba, en medio del combate, licores y agua para aplacar la sed.

—Pero, ¿quién es esa mujer?

—La cantinera que siempre ponía la tienda al lado de la de usted.

—¿Es posible!

—Sí, señor; me encargó mucho que buscara a usted, porque le tiene que confiar un secreto de suma importancia.

—¿Un secreto...? ¿Y en dónde está?

—La he colocado debajo de un árbol, y encima de unos petates.

—Corramos a verla—dijo Rafael, y echó a andar detrás del soldado, sobre un terreno empapado en sangre, tropezando a cada instante con los cuerpos insepultos de los que acababan de expirar, y escuchando el «ay» desgarrador de millares de enfermos y de heridos, que expiraban en medio de las más horribles convulsiones.

El espectáculo que se presentaba a la vista no podía ser más triste ni más desgarrador.

—¿Está lejos aún el sitio en que colocó usted a esa mujer?

—No, señor; estamos ya muy cerca.

—¿Y no le ha dicho a usted su nombre?

—No, señor; ni le he podido ver la cara, porque la tiene tapada con el pañuelo con que siempre estaba cubierta para defenderse del sol y del polvo.

—Pero ¿qué, ninguno del ejército la conoce?

—Ninguno. Yo ando en la campaña desde la acción de Palo Alto, y nunca la había visto desde que salimos de San Luis para venir a la Angostura.

—Pero, ¿con quién de los soldados o de los oficiales suele tratar generalmente?

—Con ninguno. Siempre se la ha visto sola.

—¿Ni ahora hay nadie a su lado?

—Nadie.

—¿Es decir, que no ha llamado a individuo alguno de la división?

—Sólo a usted. Lo que me hace creer que carece de otra persona de su íntimo afecto en el ejército.

Rafael quedó asombrado de lo que oía.

—¿Quién será esa mujer? —decía para sí— y ¿qué cosa tendrá que comunicarme al morir?

Y continuó andando, entregado a mil ideas que le sugería aquella extraña aventura.

—¿Ve usted aquel árbol?—dijo el soldado señalando uno que estaba a poca distancia.

—Sí.

—Pues allí se encuentra la infeliz. Sentiría que no llegásemos a tiempo.

—¿Cómo!

—Estaba tan gravemente herida, y hace tanto tiempo que la dejé para buscar a usted.

—¿Teme usted que haya muerto?

—Lo temo.

—¡Oh! Apresuremos el paso.

Y casi echaron a correr.

Pronto estuvieron cerca del árbol.

Un cuerpo de mujer estaba tendido sobre unos petates sucios y ensangrentados.

El soldado se aproximó a la infeliz para anunciarle que allí estaba el hombre que anhelaba.

—¡Dios mío!—exclamó asustado al verla.

—¿Qué ha sucedido?

Un ¡ay! lastimero y moribundo contestó a la pregunta de Rafael.

Este se inclinó sobre el cuerpo que se hallaba empapado en sangre.

Le quitó el pañuelo que cubría el rostro.

Fijó la vista en él, y dejó escapar una exclamación de asombro.

¿Qué había visto?

¿Quién era aquella mujer?

## CAPITULO VI

### La enferma del corazón

Dejemos por un momento a Rafael sorprendido a la vista del helado cuerpo de la desgraciada cantinera, y trasladémonos a otro sitio donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.

Hace algunos días que Clotilde no sale de su alcoba.

Retirada en Texcoco, sin poder marchar a la capital, a causa de la revolución de Polkos y Puros, que continuaba teniendo a la población en incesante alarma, los días eran para ella otros tantos siglos de amargura y de lágrimas.

Sabía que Leopoldo, el objeto de todo su cariño, de todo su amor, había tomado parte en aquel pronunciamiento, y temía por su vida.

La infeliz carecía de noticias suyas, y su espíritu, alarmado de continuo con el temor de la muerte de su amante, aumentaba su tristeza y destruía más y más su delicada salud.

Cada cañonazo, cada tiro de fusil que salía de las filas contrarias, le parecía que estaba destinado a destrozar el pecho del único hombre que amaba sobre la tierra.

Clotilde era una de esas jóvenes de naturaleza tierna y sensibles, flores brillantes que viven con el sol, que se descoloran, se inclinan sobre el tallo, palidecen y mueren con su ausencia.

Desde que don Emilio le dijo que era preciso renunciar

a las dulces ilusiones inspiradas por el sér que era el imán de todas sus ideas, la infeliz cayó en aquel profundo abatimiento que iba apagando poco a poco su vida, como se extingue la luz de las estrellas al anuncio de la tempestad que vela la esplendente bóveda del cielo.

Cierto es que la esperanza, esa dulce amiga del hombre desgraciado, revivió de nuevo en su corazón virginal al escuchar de los labios de don Emilio palabras que le hacían entrever un porvenir de gloria y de ventura, si por fortuna llegaba a resplandecer puro y sin mancha el honor del padre de Leopoldo; pero a esa esperanza se asociaba el temor que le inspiraba la presencia constante de Duval, la íntima amistad que le dispensaba su protector, y la inquietud de que triunfasen sus negras maquinaciones de la verdad y de la honradez que militaban en pro de su sensible amante.

Leopoldo estaba ausente, no podía acercarse a ella ínterin la honra del autor de sus días permaneciese empañada por la calumnia; Duval, por el contrario, estaba a todas horas a su lado, mortificándola con su amor, robusteciendo en don Emilio, con nuevas calumnias, la idea de infamia contra el padre de su rival, destruyendo con bajas adulaciones y argumentos hipócritas, las razones que el anciano don Manuel exponía para creer en la inocencia de Cabrera, y alejando de esta manera el momento del triunfo de la verdad sobre la mentira.

Landeta no dudaba de la sinceridad del antiguo principal de Núñez; pero sí temía, porque así se lo había hecho sospechar Duval, que, llevado de los sentimientos de su noble corazón, podía haberse inclinado a creer en la inocencia del padre de Leopoldo, llevándole aquel noble sentimiento, hasta preocuparle con que había encontrado en México al verdadero criminal. Las señas, en efecto, como tuvo buen cuidado Duval de hacerle notar, no correspondían con las del que se presentó a cobrar las libranzas en Guadalajara. Landeta, pues, esperó a que, terminada la revolución de México, don Manuel le hiciese conocer al hombre que decía era criminal; y como Duval se creía ya seguro de que no podía ser denunciado, trabajaba activamente por hacer pasar como un delirio el aserto de don Manuel.

Clotilde, pues, veía alejarse la esperanza que apenas veía una débil luz en el acongojado corazón de la hermosa. Aquella débil luz de la esperanza era la lámpara que ago-